

á él las dos instrucciones separadas á que el artículo se refería.

Habia entre tanto ocurrido en las córtes un incidente desagradable, cuya raíz y origen venía de atrás. Hemos indicado ya mas de una vez que la imprenta había comenzado muy pronto á desbordarse, abusando de la libertad que repentinamente se le había concedido; y si abusaban los escritores favorables á las reformas, excedíanse aun mas los enemigos de ellas y los defensores del antiguo régimen y de las mas desacreditadas y odiosas instituciones, valiéndose de la misma arma que la reforma había puesto en sus manos. Hacíanse los partidos una guerra terrible, en escritos, muchos de ellos destemplados, algunos injuriosos y groseros. Entre los periódicos, defendían unos las doctrinas liberales, como el *Semanario patriótico*, *El Conciso*, *El Tribuno*, *El Redactor de Cádiz* y otros varios. Sustentaban otros desafortadamente las ideas opuestas, como *El Diario mercantil*, *El Censor* y *El Procurador de la Nación y del Rey*. Publicábanse á veces escritos sueltos en que se atacaba la honra y aun la religiosidad de los diputados, y se calumniaba á las córtes mismas. De cuando en cuando aparecían folletos ú opúsculos como las *Cartas del Filósofo rancio*, cuyo autor hacía gala de atacar todo lo nuevo, ó que no fuera rancio, como expresaba su título. Pero á estas publicaciones se oponían otras que les servían como de antidoto, tales como *El tomista en las Córtes* y *La Inquisición sin máscara*.

Pero enardeció esta guerra la aparición de un folleto titulado: *El Diccionario manual*, en que bajo la apariencia de defender la religion y las añejas tradiciones, á su modo entendidas é interpretadas, desatábase de un modo violento contra las córtes y sus providencias. Dió esto ocasion á que esgrimiera su cáustica pluma el bibliotecario de las córtes don Bartolomé José Gallardo, y á que publicara, para satirizar y ridiculizar al autor del Diccionario manual, su célebre *Diccionario crítico burlesco*, en que léjos de limitarse á desenmascarar á su adversario en términos mesurados aunque festivos, incurrió en el extremo opuesto, tratando con indiscreta soltura y ligereza, puntos que se rozaban con asuntos religiosos. Sensación muy desagradable, y muy contraria sin duda á la que el autor se proponía, causó en Cádiz la aparición del opúsculo. Censuráronlo los hombres de mas avanzadas ideas en política, sintiéronlo todas las personas sensatas, y asieron la ocasion los de opiniones opuestas para levantar el grito y comprender en sus anatemas á las córtes mismas, ó al menos á muchos diputados, prevariándose y explotando la circunstancia fatal de ser el autor el bibliotecario de la asamblea.

Tratóse en sesion secreta de este negocio (18 de abril): oyéronse acalorados discursos; pedíase por algunos castigo pronto y ejemplar, propúsose por otros se dijese á la Regencia que procediese á lo que prevenía el reglamento de la imprenta; y por último se acordó se manifestase á aquella «la amargura y sentimiento que había producido á las córtes la publicacion del folleto, y que resultando debidamente comprobados los insultos que pudiera sufrir la religion por este escrito, procediera con la brevedad correspondiente á reparar sus males con todo el rigor que las leyes prescribían, dando cuenta de todo á las córtes.» De esta impresion causada á los diputados mas constitucionales se aprovecharon los de contrarios principios para pedir medidas radicales de represión para la imprenta, y señaladamente para los escritos que directa ó indirectamente se refirieran á asuntos religiosos. Así fué que en la sesion de 22 de mayo se atrevió el inquisidor de Llerena don Francisco Riesco á pedir abiertamente el restablecimiento de la Inquisición, sobre lo cual había una comision nombrada.

Fué la sesion del 22 de mayo una de las mas notables de aquellas córtes, y merece bien dar cuenta de ella. Desde luego se advirtió que los enemigos del sistema liberal se habían propuesto dar la batalla aquel dia y promover una sesion ruidosa, porque no solo el salon de sesiones, sino tambien las galerías se vieron concurridas de gente de cierto ropaje que acostumbraba poco á asistir. «Se observó, y lo vi yo tambien (dice un diputado eclesiástico de aquellas mismas córtes), que había en las galerías un gran número de individuos del clero

secular y regular, de frailes solo se contaron 70; uno de ellos parecía llevar el tono: cuando el señor Gutierrez de la Huer-ta habló en defensa de la Inquisición, al paso que el público mostró incomodarse con murmullos, aquel religioso le palmoteó, y otros le siguieron. Observóse esto, y fueron en busca de él, y se escapó. Notóse gran calor en los ánimos de algunos asistentes: parecía preparado el concurso de tantos religiosos, cuando eran tan contados y raros los que asistían á las sesiones. Del convento de los Descalzos supe que la víspera fueron convocando á los religiosos para asistir, añadiendo que se trataba de la Inquisición, y que el padre Guardian contestó con enojo diciendo que por su dictámen debía quitarse: de esto último no respondo, porque no me lo contó quien se lo hubiese oído. De Capuchinos no asistió ninguno (1).»

Comenzó el debate por una mocion del señor Riesco para que se presentara y discutiera un dictámen de comision que había sobre reponer en el ejercicio de sus funciones al Consejo de la Suprema Inquisición. El dictámen en efecto se había presentado aquella misma mañana en la secretaria, y era favorable al restablecimiento del Santo Oficio. Mas no le había suscrito el señor Muñoz Torrero, individuo de la comision, y pedía tiempo para extender su voto particular contrario al de aquella, el cual había sido de mala manera y como á hurtadillas amañado. Reclamaban tambien otros diputados que se señalara dia para la discusion, pues siendo asunto tan grave necesitaba estudiarse con madurez. Pero insistían los inquisitoriales en que se discutiera en el acto, alegando que, como asunto de religion, era de toda urgencia y debía anteponerse á todos los demás. El vice-presidente, que no era de los de este partido, propuso tambien que se suspendiera la discusion de este asunto para dar lugar á que los diputados meditaran sobre negocio tan grave. Mas esta misma proposicion sirvió de motivo á los amigos de la Inquisición para ensalzar la conveniencia de su restablecimiento, haciendo elogios de aquel tribunal, con grande aplauso de las galerías, llenas de la gente que hemos dicho, propasándose á demostraciones impropias de su hábito, que enardecían los ánimos y obligaron muchas veces al presidente á llamar al orden.

Pero los desafectos á aquella institucion, sin dejar de contestar á los discursos de sus contrarios, viendo el obstinado empeño de estos, y lo preparados que iban para dar la batalla y ganarla por sorpresa, tentaron por su parte dos medios, el uno para probar ser cuestion ya resuelta, el otro para aplazarla. Alegó para lo primero don Juan Nicasio Gallego que en el decreto de creacion del Tribunal Supremo de Justicia se había dicho: «Quedan suprimidos los tribunales conocidos con el nombre de Consejos;» y que en estos estaba comprendido el de la Inquisición. Y como esta doctrina se impugnase y negase, el mismo diputado apeló á otro recurso, que fué el segundo medio, á saber: que en el acuerdo de las córtes de 13 de diciembre último, al discutirse la segunda parte del proyecto de Constitucion, se había dicho: «Que ninguna proposicion que tuviese relacion con los asuntos comprendidos en aquella ley fundamental fuese admitida á discusion, sin que examinada préviamente por la comision que había formado el proyecto, se viese que no era de modo alguno contraria á ninguno de los artículos aprobados.» Y como muchos diputados creían que la existencia del tribunal de la Inquisición era incompatible con los artículos constitucionales, pedía que pasara el proyecto ó dictámen al examen de la comision de Constitucion.

Al fin, despues de acalorados debates se procedió á votar la primera proposicion del vice-presidente, á saber, que se suspendiera por ahora la discusion de este asunto, y quedó aprobada. Púsose despues á votacion si pasaria el dictámen á la comision de constitucion conforme al acuerdo de la sesion de 13 de diciembre, y tambien se resolvió afirmativamente por mayoría (2). De este modo quedaron frustrados en la célebre sesion de aquel dia los trabajos y esfuerzos de los enemigos del sistema constitucional para reponer solemnemente al tri-

(1) Villanueva: Viaje á las córtes.

(2) Diario de las Sesiones de córtes, tomo XIII.—Sesion del 22 de mayo de 1812.

bunal del Santo Oficio en el ejercicio de sus antiguas funciones, hasta entonces mas suspendidas de hecho que expresamente abolidas por ninguna ley, y tomaron tiempo los adversarios de la institucion para preparar su abolicion legal, que, como veremos, no tardó en ser decretada.

## CAPITULO XX

Wellington.—Los Arapiles.—Los franceses en Madrid

(De junio á fin de diciembre.)

1812

Desobediencia de los generales franceses al rey José.—Justas quejas del mayor Jourdan sobre este punto.—Realizáronse sus temores.—Levanta Wellington sus reales de Fuentesguinaldo.—Toma de los fuertes de Salamanca.—Movimientos del ejército francés de Portugal: Marmont.—Célebre triunfo de los aliados en Arapiles.—Premio de las córtes á Wellington: el Toison de oro.—Retirada de los franceses.—Marmont herido.—Clausel general en jefe.—Va José con ejército de Madrid á Castilla.—Llega tarde.—Regresa por Segovia á Madrid.—Huye el ejército francés al Ebro.—José y los franceses evacúan la capital.—Entran en Madrid Wellington y los aliados.—Alegría y festejos en la poblacion.—Públicase la constitucion de la monarquía.—Toman los aliados el Retiro.—Bando del general Alava.—Penosa retirada de José á Valencia.—Rinde el Empeinado la guarnicion de Guadalajara.—Recogen los franceses las guarniciones de Castilla la Vieja.—Pierden la de Astorga.—Parte Wellington de Madrid á Burgos.—Cerca y combate el castillo.—Brillante defensa de los franceses.—Levanta Wellington el sitio con pérdida y se retira de Burgos.—Fatal ocasion en que lo hizo: cuando las córtes le acababan de nombrar Generalísimo de todos los ejércitos de España.—Resiéntese el general Ballesteros de este nombramiento.—Es separado del mando de Andalucía.—Repónese el ejército francés de Portugal y es reforzado.—Vuelve sobre Burgos.—Perseguir á Wellington y á los aliados.—Evoluciones de unos y otros en Castilla la Vieja.—Retírase Wellington á Salamanca.—Destruccion de puentes.—Sigúele el francés.—Retrocede el general británico á Portugal.—Pasa el 6.º ejército español á Galicia.—Distribucion del ejército francés y regreso de José á Madrid.—Va Wellington á Cádiz.—Obsequios que recibe.—Se presenta en las córtes.—Le dan asiento entre los diputados.—Su discurso.—Contestacion del presidente.—Pasa Wellington á Lisboa.

Indicamos al final del penúltimo capítulo el pensamiento de lord Wellington de lanzarse con el ejército aliado sobre Castilla la Vieja, aprovechando la circunstancia de ver á Napoleón enredado ya en la guerra con Rusia, y mermado de una parte de sus mejores tropas el ejército francés de España. Bien penetraron ó previeron el proyecto del general británico, así el duque de Ragusa (Marmont) que mandaba el ejército francés de Portugal, como el rey José y el mayor general Jourdan, y con tiempo procuraron prevenirse para el golpe que por Castilla veían amenazar. Mas para esto necesitaban de la cooperacion y auxilio de los ejércitos de Andalucía, de Extremadura, y aun del Norte, y pronto comenzó á experimentar el rey José en la conducta de sus generales cuán acostumbrados estaban á no obedecer sus órdenes, y cuán poco le servía el mando supremo de que últimamente le había investido el emperador su hermano. El duque de Dalmacia singularmente, fuese resentimiento de no haber sido él nombrado mayor general, fuese hábito de mandar casi como soberano en Andalucía, es lo cierto que ó se negaba á toda combinacion que el rey le propusiera, ó le respondía proponiéndole otra contraria.

Así el mayor general Jourdan, escribiendo al ministro de la Guerra, se lamentaba diciendo: «El duque de Ragusa anuncia de una manera positiva que lord Wellington va á tomar la ofensiva sobre él; sin embargo el duque de Dalmacia, que en este caso debía enviar al conde de Erlon en socorro del ejército de Portugal, no ha hecho nada. El duque de la Albufera (Suchet), que debía dirigir una division sobre Madrid, se niega á ello; y el conde Caffarelli pretende que no puede enviar hoy socorro alguno sin exponer las provincias del Norte á un peligro inminente. Si pues Wellington marcha con todas sus fuerzas reunidas, el ejército de Portugal tendrá que combatir solo. Es posible que el enemigo sea batido; pero si sucediera lo contrario, podria haber resultados muy fatales, y todo por no haber sido ejecutadas las órdenes del rey. Si estas órdenes hubieran

sido cumplidas, el rey, reuniendo su guardia á las tropas del ejército del Mediodía y de Aragon, que se habían aproximado al Tajo, hubiera ido sobre el flanco del ejército inglés con un cuerpo de 20 ó 25,000 hombres, lo que ciertamente habria asegurado un éxito brillante...» «Estoy tan firmemente penetrado del peligro que corren los ejércitos, si quedan así aislados, sin punto de apoyo en el centro, que he creído deber hacer presente á V. E. mi opinion. Podrá no ser fundada, pero al menos mi conducta es dictada por el celo del servicio de S. M. I. y por la gloria de sus armas.»

Realizáronse los temores del rey José y cumpliéronse las previsiones de su mayor general. El 13 de junio (1812) levantó Wellington sus reales de Fuentesguinaldo, y con el ejército aliado dividido en tres columnas, agregados á él don Carlos de España y don Julian Sanchez, púsose á corta distancia de Salamanca, que evacuó Marmont, tomando la vuelta de Toro, dejando solo 800 hombres en tres conventos que había fortificado, y que servían para vigilar el paso del Tormes y su puente. Una division inglesa pasó el rio por un vado (17 de junio), y entró en la ciudad de Salamanca, cuyos habitantes la recibieron con la alegría y la agasajaron con el gusto de quienes llevaban tres años de vivir bajo la opresion de los franceses. Dió lugar Marmont con su retirada á que los aliados hicieran venir de Almeida el tren de batir de que carecían, y cuando volvió á aparecer (20 de junio), ya aquellos habían comenzado á batir los fuertes, y no atreviéndose á atacar á los ingleses apoyados en la excelente posicion de San Cristóbal de la Cuesta, intentó atraerlos á otro campo de batalla maniobrando sobre el Tormes. Wellington se limitó á observar sus movimientos, y continuó el ataque de los fuertes; salió mal la tentativa de escalar el reducto de San Cayetano, pues perecieron en ella sobre 130 hombres, entre ellos el mayor general Howar (23 de junio). Hizo Marmont varias evoluciones, para ver de comunicarse con los sitiados y darles socorro; salíale siempre al encuentro Wellington hasta obligarle á volver á sus anteriores posiciones; entre tanto proseguían jugando las baterías inglesas: en la mañana del 28 abrieron brecha en el reducto de San Cayetano; incendióse sobre la bala roja el convento de San Vicente y preparábanse los aliados á asaltar los fuertes de San Cayetano y la Merced, cuando la guarnicion pidió capitular. Accedió á ello Wellington, y quedó toda prisionera de guerra. Gran júbilo produjo esto en Salamanca. Los fuertes fueron demolidos por inútiles.

El duque de Ragusa, que parecía no haber ido allí sino para presenciar la rendicion de los fuertes, retiróse otra vez la vía de Toro, talando y estragando campos y pueblos, y acosado de cerca por los ingleses, pasó, atravesando el Duero, á Tordesillas (2 de julio), donde se le reuniesen 10,000 hombres que el general Caffarelli se había mostrado dispuesto á enviarle. Siguióle el ejército inglés, situándose en Rueda; y no creyendo prudente Wellington tentar el paso del Duero, dió orden á las guerrillas para que molestaran al enemigo por los flancos y espalda, y para que interceptasen los víveres que le llevarán los pueblos del contorno, ordenando al mismo tiempo al comandante general del ejército de Galicia que avanzara sobre el Esla. Por su parte Marmont, que lo que temía era la superioridad numérica de la caballería inglesa, aumentó en aquellos dias la suya en 1,000 caballos, ya comprando algunos, ya tomándolos á todos aquellos que por ordenanza no estaban facultados para tenerlos. Y con esto y con haberse incorporado la division Bonnet que venía de Asturias, antes de dar tiempo á que se juntase á los aliados el sexto ejército español de Galicia, repasó el Duero, resuelto á dar la batalla á los ingleses en la primera ocasion oportuna, procurando atraer á Wellington donde pudiera convenirle.

Durante una semana (del 13 al 20 de julio) no hicieron los dos ejércitos enemigos sino marchar y contramarchar de uno y otro lado del Duero, ya en direccion de Toro, ya volviendo sobre Tordesillas, observándose mutuamente, y viendo cada cual si cogía á su adversario en un descuido de que pudiera aprovecharse, ó podia ganar una posicion ventajosa en que batirle. Colocado el francés el 20 á la derecha del Guareña, á la izquierda el inglés, vióse el singular espectáculo de dos fuertes ejércitos marchando paralelamente por las dos



orillas de un pequeño río, en masas unidas á distancia de medio tiro de cañon, sin empeñar batalla ni encuentro, deseándolo ambos, pero inspirándose respeto mutuo. El 21 pasaron los franceses el Guareña, y se situaron en una extensa llanura junto al Tórmes entre Alba y Salamanca; los ingleses, siguiendo el movimiento del enemigo, pasaron también el Tórmes, y volvieron á su antigua posición de San Cristóbal, apoyando su derecha en el pueblecito inmediato á aquella ciudad llamado Arapiles. Aquí fué donde se dió al siguiente día una de las batallas mas importantes de esta guerra.

Constaba el ejército francés de unos 47,000 hombres, y se había apoderado del mayor de los dos escarpados cerros llamados Arapiles que dan nombre al pueblo. Algo mayor en número era el ejército anglo-portugués. Después de algunos movimientos ejecutados en la mañana (22 de julio), á eso de las dos de la tarde advirtió Wellington que el enemigo, con intento al parecer de estrecharle mas y mas, prolongaba en demasía su ala izquierda. Instantáneamente comprendió la falta de su adversario; era el momento que él espiaba: inmediatamente reforzó su derecha, hizo maniobrar divisiones, unas contra la altura del Arapil grande, otras contra la izquierda enemiga, otras contra el centro; por aquí fué arrojando al francés de colina en colina; sin embargo el general Pack, á cuya division iba agregado el cuerpo de don Carlos de España, no pudo apoderarse del grande Arapil, pero entretuvo á los que en él se apostaban, en tanto que Packenham con el grueso de la caballería arrollaba la izquierda francesa, y hacia 3,000 prisioneros. Una carga de caballería dada por sir Stapleton Cotton, en que sucumbió el general Marchand, hizo al francés irse retirando de eminencia en eminencia. En vano á las cuatro y media de la tarde se dirigió el mariscal Marmont en persona á restablecer la batalla por donde flaqueaba mas: herido en un brazo y en el costado derecho, y herido también su segundo el general Bonnet, tuvo que recaer el mando en el general Clausel. Ya se sabe cuánto influyen tales contratiempos en el ánimo de tropas que van de vencida; y aunque un ataque de frente mal dirigido por el inglés Clinton costó mucha gente á los aliados, un movimiento de flanco del general Cole reparó aquel daño. Pronunciáronse al fin los franceses en retirada, por los encinares del Tórmes, cuyo río pasaron á favor de la oscuridad; pero todavía fué alcanzada al día siguiente su retaguardia, que abandonada por la caballería dejó en poder de los aliados 900 prisioneros.

Fué sin duda sangrienta la batalla de Arapiles, que los franceses llamaron de Salamanca, y el triunfo que en ella obtuvieron los aliados les fué no poco costoso; pues si bien ellos, al decir de sus relaciones, hicieron 7,000 prisioneros con 11 cañones, además de los muertos y heridos, por confesion del mismo Wellington, tuvieron por su parte mas de 5,000 de estos últimos (1). Pero también fué este triunfo uno de los mas fecundos en resultados. No solo el parlamento británico otorgó á lord Wellington mercedes y honores; también las cortes españolas, á propuesta de la Regencia, le condecoraron con la insigne orden del Toison de Oro, y la princesa de la Paz doña María Teresa de Borbon le regaló el collar que habia pertenecido á su padre el infante don Luis (2).

(1) Hemos tenido en cuenta para la sucinta relacion de esta batalla, así el parte oficial de Marmont, duque de Ragusa, al ministro de la Guerra, como el de lord Wellington, y varias relaciones escritas por oficiales ingleses y franceses.

(2) En las cortes se anunció la noticia del triunfo de Arapiles del modo siguiente. Era la session del 31 de julio, y á poco de abierta se presentó el ministro de la Guerra y dijo: «Señor, vengo de orden de la Regencia del reino á anunciar á V. M. la derrota del mariscal Marmont.» Antes de leer el parte, los diputados y el público de las tribunas prorrumpieron en vivas, aclamaciones y palmadas. Restablecido el silencio y leídos los partes, se acordó que el Congreso fuese inmediatamente y sin ceremonia, acompañado de la Regencia, á la iglesia del Carmen á cantar un Te-Deum en accion de gracias por accion tan gloriosa, y que una comision pasase á felicitar al embajador de Inglaterra. Todo se verificó conforme á lo acordado.

Hablando Villanueva de la impresion que hizo en las cortes la noticia de la derrota de Marmont en Arapiles dice: «Fué rato de sumo gozo para el Congreso y para el público.... se abrazaban todos mutuamente: fué día de gran júbilo. Al tiempo de la salva dispararon granadas los enemigos.

Cuando el rey José supo la retirada de su ejército de Portugal sobre el Duero, viendo que el general Caffarelli no le enviaba sino un pequeño cuerpo de caballería, y que Soult y Suchet se negaban á enviarle tropas, recogió todas las que pudo de su ejército del centro, en número de 10,000 hombres, y en cuanto dió tiempo á que viniera á Madrid la division Palombini y dejó guarnecida su capital, y principalmente el Retiro, púsose en marcha hácia el Duero en socorro de Marmont, franqueando el Guadarrama el 22 de julio, precisamente el día de la derrota de aquel en los Arapiles, que José ignoraba y no imaginaba. Pero aquel día supo ya que Marmont se habia replegado hácia Salamanca; decidióse entonces él mismo á marchar sobre el Tórmes con objeto de juntarse con él. Acampaba el 24 en Blasco-Sancho, y tenia ya orden de proseguir al día siguiente á Peñaranda, cuando le llegaron noticias del triste resultado de la jornada del 22 en Arapiles, confirmadas al otro día por cartas de Marmont y Clausel escritas desde Arévalo, diciéndole que trataban de ganar á Valladolid antes que los ingleses. Tuvo con esto José que variar completamente de plan. Después de alguna vacilacion decidióse por volver á Madrid, y el 26 se hallaba de retroceso en la Venta de San Rafael, cerca de la cumbre de Guadarrama, cuando en virtud de nuevo aviso del general Clausel tuvo por conveniente variar un poco de rumbo y dirigirse á Segovia, donde estableció su cuartel general, con el fin de proteger al ejército perseguido. Mas este, acosado de cerca por los aliados, huía precipitadamente y en la mayor desorganizacion é indisciplina hácia Burgos, ansioso de ganar el Ebro. José entonces, no pudiendo permanecer mucho tiempo en Segovia sin comprometerse, determinó volverse á Madrid, donde entró el 5 de agosto. Entre tanto lord Wellington habia entrado el 30 de julio en Valladolid, y además avanzaba el 6.º ejército español por Astorga, y se extendía hasta Toro y Tordesillas, donde el brigadier don Federico Castañon rindió todavía á 250 franceses, que se habian refugiado y fortificado en una iglesia.

Wellington no paró tampoco en Valladolid: prosiguió á Cuellar, donde sentó sus reales el 1.º de agosto. Dos partidos podia tomar desde aquella posición; ó seguir la vía de Burgos tras el desconcertado ejército francés de Portugal hasta acabar de destruirle, ó venir en pos del rey José hasta la capital del reino. Prefirió el general británico este segundo partido, y el 6 se movió de Cuellar, y atravesando por Segovia llegó el 8 al real sitio de San Ildefonso ó la Granja, donde hizo alto para dar lugar á que su ejército descendiera los puertos de Navacerrada y Guadarrama. Habia dejado un cuerpo de observacion sobre el Duero, y el ejército español de Galicia ocupó á Valladolid.

José á su regreso á la capital encontró sus contornos devastados por las guerrillas españolas, que se acercaban con frecuencia hasta las tapias mismas de Madrid, plagado del mismo modo los alrededores de Toledo y Guadalajara. Convencido de la imposibilidad de tomar la ofensiva contra los aliados sin el auxilio del ejército del Mediodía, habia ordenado desde Segovia al mariscal Soult que se acercara al Tajo por la Mancha. En vano le reiteró estas órdenes; el duque de Dalmacia se le mostró tan inobediente como antes. José no queria abandonar la capital sino en el último extremo, porque le dolía dejar á merced del enemigo tanta artillería, tantas armas y municiones; sentia el embarazo que le iban á causar los muchos españoles comprometidos que se disponian á seguirle, y comprendia todo el mal efecto de este paso en Francia y Europa. Mas cuando supo que los aliados franqueaban ya la sierra que divide las dos Castillas, resolvióse ya á

Ya el pueblo miraba esto con desprecio. Vino á tiempo la noticia alegre de templar la pena que causó la desgraciada muerte de Novales, el oficial mayor de la secretaria de cortes, que murió en su cama á las cuatro de la mañana, sofocado del humo de una bomba que reventó en su cuarto. Cinco veces han disparado granadas los enemigos después de la noticia.»

Mas adelante se acordó que se erigiese en los campos de Salamanca y Arapiles un monumento en memoria de la batalla de 22 de julio.—Decreto de las cortes de 4 de agosto.—Y á los pocos días se dió también una orden permitiendo colocar en Salamanca el busto del duque de Ciudad-Rodrigo, lord Wellington.

abandonar la corte, juntó sus tropas, ordenó al general Hugo que se quedara con 2,000 hombres para mantener el orden hasta que se alejase el ejército, y al coronel Lafont que defendiera el Retiro y cuidara de los enfermos, y él trasladó su cuartel general á Leganés (10 de agosto), y colocó al general Treilhard con alguna gente entre Boadilla y Majadahonda en observacion del enemigo. En efecto, habiendo ya este descendido de la montaña, una columna de su vanguardia fué acometida por superior fuerza francesa, y en el encuentro perdió tres cañones y cerca de 350 hombres entre infantes y jinetes, después de cuyo golpe continuó José su retirada, durmiendo aquella noche en Valdemoro, entre Madrid y Aranjuez.

Aquella misma mañana (12 de agosto) comenzaron á entrar en Madrid los aliados, acompañándolos algunos guerrilleros españoles de cuenta, como el Empeinado y Palarea, en medio del alegre son de las campanas. A las pocas horas excitó mayor entusiasmo la llegada de Wellington, á quien el nuevo ayuntamiento que se habia formado recibió y llevó á la casa de la Villa, á cuyo balcón se asomó el general en jefe del ejército aliado en compañía del Empeinado, siendo ambos objeto de estrepitosas aclamaciones. Fué luego Wellington conducido al Palacio Real, donde se le aposentó. Los corazones de los madrileños rebotaban de júbilo, y á pesar de la miseria pública no se veía semblante mustio, y esmerábase todo el mundo en agasajar cuanto podia á los nuevos huéspedes, que miraba como libertadores. Al día siguiente se publicó en Madrid con aplauso universal la Constitucion de la monarquía hecha en Cádiz, presidiendo el acto don Miguel de Alava y don Carlos de España, este último recién nombrado gobernador de Madrid, y que llamó la atencion pública por las demostraciones hasta exageradas que hizo de entusiasmo constitucional, verdadera antitesis del aborrecimiento que después en el transcurso de su vida mostró á cosas y á personas que por liberales y constitucionales fuesen tenidas. El ayuntamiento obsequió también por la noche al duque de Ciudad-Rodrigo con un magnífico baile.

En la tarde de aquel mismo día hizo Wellington cercar y acometer el Retiro, donde, como dijimos, habia quedado un cuerpo francés custodiando los enfermos. Buenas las obras de fortificación practicadas en aquel recinto para impedir y resistir un golpe de mano, principalmente de guerrillas, no lo eran para sostener un cerco y un ataque formal. Y así fué, que apoderado fácilmente el general Packenham del recinto exterior por las tapias del Jardín botánico y del de frente á la plaza de toros, al embestir la mañana siguiente el interior rindiósele el coronel Lafont que le defendía, quedando prisioneras de guerra las tropas, que con los enfermos y los empleados componian sobre 2,600 hombres. Quedaron además en nuestro poder 189 piezas de artillería, 2,000 fusiles y muchas municiones de boca y guerra. Así quedó otra vez la capital libre de franceses.

No todos los jurados, que así se llamaba entonces á los comprometidos con el gobierno del rey intruso, habian evacuado la capital. Muchos, ó no habian podido salir, ó se resignaron á sufrir la suerte que les esperara. Para atraer á los que aun seguian las banderas francesas publicó el general Alava una proclama bastante conciliadora, que por lo mismo fué censurada por el partido mas intransigente, y aun fué con dificultad aprobada por las cortes. Y sin embargo produjo la providencia el buen efecto de presentarse en pocos días á nuestras autoridades sobre ochocientos soldados con varios oficiales (1). Y eso que en Madrid se encargó de neutralizar cuanto

(1) La tan censurada proclama de Alava decia: «Las cortes generales y extraordinarias de la nacion, queriendo celebrar la publicacion de la Constitucion política de la monarquía, han decretado un indulto general para todos los militares españoles, de cualquier grado que sean, que sirvan en las tropas del tirano, siempre que las abandonen y se presenten á los jefes españoles dentro de muy breve término.»

«Hallándose comisionado por el supremo gobierno cerca del Excelentísimo señor duque de Ciudad-Rodrigo, he creído de mi obligacion hacer os entender cuál es la disposicion favorable de nuestro legítimo gobierno para con vosotros, á fin de que aprovechándoos de ella volvais al seno de vuestra amada patria, y á la estimacion de vuestros compatriotas.—El momento es el mas oportuno. El enemigo no puede sostenerse mucho

pudo la suavidad y blandura de aquella proclama don Carlos de España, con un escrito de índole opuesta, pero muy conforme al genio perseguidor y al carácter duro y cruel que en tantas ocasiones y por tanto tiempo desplegó después en sus diferentes mandos aquel personaje.

En uno de sus edictos decia este general: «Cualquiera que comunique, *directa ó indirectamente, por escrito ó de palabra*, con los enemigos de la patria y del rey *y con sus adherentes*, será juzgado inmediatamente por un consejo de guerra, y sufrirá irremisiblemente la pena pronunciada contra los espías.» Y mandaba que las *esposas é hijos* de los que habian seguido al enemigo ó comprado bienes nacionales, no pudieran salir de casa sino á misa, y eso bajo la fianza de tres ciudadanos de arraigo, ni recibir en ellas á nadie sino á alguna persona de su familia, previo permiso del regidor del cuartel; y las exhortaba á que se retiraran á los conventos. No sabemos para qué, puesto que él hacia de cada casa un convento con rigurosa clausura.

Por estas causas, y porque el pueblo no veía que con el restablecimiento de las autoridades legítimas se remediase ni aun aliviase su miseria, ibase entibiando en algunos el fervor del primer entusiasmo, especialmente en aquellos que discurren poco se figuraban que ahuyentados de allí los franceses, se iban á ahuyentar también de pronto todos sus males. Medidas hubo que contribuyeron á enfriar aquella alegría y aun á producir disgusto, como fué la de prohibir el curso de la moneda francesa, obligando á sus tenedores á cambiarla en la tesorería, pero con un quebranto arreglado á tarifa, de que resultaron no pocos perjuicios á los particulares.

Veamos qué fué del rey José y de su ejército, á quienes dejamos el 12 de agosto en Valdemoro retirándose hácia el Tajo. El 15 se replegaron sobre Aranjuez, con el embarazo que causaba un convoy de dos mil carros, en el que iban, al decir de sus Memorias, hasta diez mil españoles de los comprometidos por su causa, número que nos parece bastante exagerado. Allí acordó José, no contando con que Soult quisiera reunirsele, proseguir la vía de Valencia, en cuya virtud, puesto en movimiento el ejército el 15, llegó, con la lentitud que tan inmenso convoy requería, el 22 á Albacete. Para librarse después de los fuegos del fuerte de Chinchilla que tenian los nuestros, tuvieron que abrir un nuevo camino, de modo que no llegaron hasta el 31 (agosto) á Valencia, donde para simplificar la administracion puso José el ejército del centro provisionalmente bajo el mando de Suchet, duque de la Albufera. Hé aquí cómo pinta el autor mismo de las Memorias las calamidades de esta retirada. «Esta marcha de quince dias (dice) fué de las mas penosas. Los habitantes huían, llevando sus bestias, y destruyendo sus hornos y sus molinos: no se encontraba trigo, ni menos harina. El calor era terrible, los arroyos estaban secos, y los pozos de las casas agotados ó cegados. Fué imposible mantener el orden y disciplina entre unas tropas que no recibian sueldo, y que en dias tan abrasadores no encontraban agua que llevar á la boca. El gran número de hombres sueltos y de criados agregados al convoy, cometieron desórdenes. Todos los que se rezagaban ó extraviaban para buscar agua y mantenimientos caian en poder de las guerrillas que seguian la columna y marchaban á sus flancos. Muchos españoles que habian dejado á Madrid, no pudiendo resistir las fatigas ni soportar las privaciones, tomaron el partido de volverse ó de ocultarse en los pueblos, á peligro de caer en poder de las partidas. Casi la totalidad de los soldados de esta nacion al servicio del rey desertó, y se fué á incorporar á las guerrillas.»

tiempo en el interior de nuestras provincias... Vuestros padres, hermanos y amigos van á quedar enteramente afrentados con vuestra infame desercion, y si dais lugar á una nueva accion de guerra, vuestro delito será imperdonable, y ya no os alcanzará el indulto.

«Presuraos pues á presentaros á las autoridades españolas ó á los puestos avanzados del ejército aliado, y de este modo hareis olvidar vuestra falta, y probareis que vuestro corazon es español, aunque vuestra conducta exterior pudiese hacerlo dudar....—El mariscal de campo, Miguel de Alava.»

A continuacion se leia en la misma Gaceta: «El feliz resultado de esta proclama ha sido haberse ya presentado un gran número de estos soldados, deseosos de borrar con sangre enemiga la mancha que les echó su fortuna adversa, y no una voluntad decidida de destruir su patria.»